

## El ejercicio de la historia comparada: Canadá y Argentina

José C. Villarruel

*In memoriam Carl E. Solberg*

El propósito de estas notas se dirige a analizar las tesis del libro póstumo de Carl E. Solberg\*. El núcleo central, a partir del cual se organiza su exposición, reposa en el supuesto de que las políticas de los gobiernos y el distinto desempeño del Estado en ambos países fueron decisivos para explicar la trayectoria de la economía y la sociedad en Canadá y la Argentina.

El autor se propone, sobre todo, comprender el origen del estancamiento de la agricultura pampeana, privilegiando la responsabilidad de la ideología y las políticas públicas liberales. El "languidecer" de la agricultura (p. 2) le impone un largo examen sobre las condiciones del boom que recorre la historia argentina entre 1880-1914 y los obstáculos para su continuidad posterior.

La pregunta inicial concierne a los esfuerzos que en Canadá y Argentina realizaron los sectores gobernantes y los agricultores para mejorar la competitividad de los costos internos en el mercado mundial. El autor subraya las desventajas naturales de Canadá que no le impidieron erigirse en el primer productor de trigo y las ventajas de la Argentina que fracasó en construir una moderna economía agrícola. Para Solberg esas ventajas comparativas reposaban en el clima, el suelo, la "fabulosa fertilidad" natural, la localización de las chacras en la proximidad de los puertos y la abundante oferta laboral que permitió mantener costos de producción competitivos con Canadá.

Durante el período 1900-1930, los líderes políticos supusieron que esas ventajas eran una perpetua garantía para que las pampas lograran una mayor participación en el mercado mundial del trigo (p. 3). El dogma del progreso indefinido operó en forma desfavorable para lograr un crecimiento autosostenido en el largo plazo, en tanto el aprovechamiento de los recursos naturales permitía competir sin incursionar en aquello que para Canadá sería la clave de su futuro éxito: la educación y la investigación agrícola, una eficiente red

---

\* *The Prairies and The Pampas*, Stanford University Press, 1987, 297 páginas.

ferroviaria, una sofisticada homogeneidad del trigo y de los métodos de tipificación y un excelente sistema de almacenamiento y comercialización.

La virtud de la explicación diseñada por Solberg reside en la comprensión de los límites que el modelo agro-exportador poseía en sus fases iniciales y que habrían de condicionar toda la evolución futura. Así, desarrolla un balance exhaustivo de las orientaciones políticas y sociales que, al mismo tiempo que impulsaban la expansión agropecuaria, contribuían a establecer su propia negación: por consiguiente, los supuestos del crecimiento no sólo le permiten dar cuenta del auge sino también identificar las trabas para un impulso auto-sostenido en el tiempo. En suma, una forma particular del progreso que genera el atraso de la producción de cereales de la Argentina vis-à-vis otros países exportadores.

Frente a los estudios que privilegian la regresión económica por el cambio de rumbo originado en el ascenso de Juan Perón al poder, que entre otros ya fuera expuesto por Carlos Escudé<sup>1</sup> en relación con la política exterior de los Estados Unidos en la década de 1940, Solberg subraya la seria debilidad estructural que desde mucho tiempo antes de la Gran Depresión aquejaba a la producción agraria argentina. Por contraste con Canadá, para el autor la élite dirigente frustró en la Argentina todas aquellas condiciones que explican el posterior desarrollo canadiense. De ese modo, la agricultura argentina se edificó sobre una permanente expoliación de los chacareros más que en una producción moderna y competitiva en el mercado mundial.

Solberg elige una imagen bipolar de los sectores rurales pampeanos. La misma fue explorada con exceso y es probable que la clásica obra de James R. Scobie<sup>2</sup> con su interpretación "impresionista" de la vida rural de la Argentina constituya el ejemplo más acabado de ese sesgo analítico. En esta visión el paisaje social se construye a partir de la *díada terrateniente/chacarero pobre*.<sup>3</sup>

El excesivo énfasis otorgado a la carta del hacendado Benigno del Carril publicada en 1892 ha contribuido, sin duda, a cristalizar una imagen de la sociedad agraria pampeana que sacrifica la diversidad en beneficio de la homogeneidad. Sin sospechar su futura celebridad aquel estanciero aconsejaba a sus pares, los grandes propietarios de la tierra, el arriendo a chacareros italianos de lotes de 200 hectáreas durante tres años con la obligación de dejar alfalfado el campo. Sin embargo, el problema tanto teórico como empírico es que esa "solución terrateniente" de una agricultura subordinada a la ganadería no agota el problema de la diversidad de los sectores sociales dedicados al cultivo de los cereales.

1. Carlos Escudé, *La declinación argentina, 1942-1949* (Buenos Aires, 1988).

2. James R. Scobie, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino* (Buenos Aires, 1968).

3. Acaso el primer antecedente de esta visión sea el trabajo de Juan L. Tenenbaum, *Orientación Económica de la Agricultura Argentina* (Buenos Aires, 1946).

Los mismos propietarios de la tierra no eran un sector homogéneo. Otro tanto se puede afirmar de los chacareros. Entre estos últimos hubo quienes quedaron apresados en el interior de una red de lazos de dependencia económica, ya sea con el terrateniente, el sistema comercial y/o el prestamista usurario. En este sentido, Solberg tiende a recortar dos grupos sociales entre los productores directos: los aparceros y los arrendatarios y señala, frente al patrón generalizado de tenencia de la tierra, la excepción de la clase media rural que se ha constituido en Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos al amparo de las políticas de colonización.

No obstante, es necesario recuperar una gama más amplia de matices y establecer una cuidadosa —y provisoria— clasificación. Esta tipología puede evolucionar desde el proletariado rural, tanto permanente como transitorio, los diversos sectores semi-proletarizados y los pequeños productores hasta concluir con el caso de las explotaciones capitalistas.

Entre las figuras sociales que participan de las condiciones del peón rural pero que se diferencian de un mero asalariado, es posible señalar a esos **peones a la rendita** que descubre Jules Huret cuando visita la Argentina en la época del Centenario: trabajadores que reciben su salario en especie —habitación y alimentos— pero a quienes se entrega una muy pequeña parcela de tierra (unas diez hectáreas) que cultivan para su provecho.

Más allá se instalan otros productores directos cuya imagen es multifacética. Las diversas tipologías que se han diseñado no hacen sino confirmar la complejidad del problema. Entre ellos se puede advertir tanto a pequeños propietarios como a medieros y arrendatarios. Así, Alfredo R. Pucciarelli<sup>4</sup> construye una explicación basada en la producción mercantil simple que, a medida que aumenta la escala de tierra ocupada en arrendamiento o en propiedad, permite descubrir formas de explotación y actores sociales que ya no se definen exclusivamente por el trabajo familiar: a este grupo corresponden las explotaciones familiares en transición y las unidades económicas capitalistas. Estas últimas poseen una dotación de tierra, recursos tecnológicos y humanos, mano de obra familiar y extra-familiar que los transforma en los verdaderos responsables del **boom cerealero**. Hacia los censos de 1908 y 1913 son quienes explotan la mayor área total de tierra bajo cultivo y producen el volumen más importante de granos.

Sin embargo, los problemas de la diversidad de la estructura social del agro pampeano no quedan agotados allí. Juan Carlos Korol e Hilda Sábato han señalado que en la época del ciclo lanar la explotación familiar se encontraba a cargo del **farmer**.<sup>5</sup> Esta categoría supone una producción orientada hacia el mercado, utilización de mano de obra familiar, contratación de asalariados en

4. Alfredo R. Pucciarelli, *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930* (Buenos Aires, 1986).

5. Juan Carlos Korol- Hilda Sábato, *Cómo fue la inmigración irlandesa a la Argentina* (Buenos Aires, 1981).

forma sólo temporaria u ocasional, propiedad de los medios de producción, arrendamiento o propiedad de las parcelas y, por último, participación en las relaciones de distribución capitalistas, aunque las explotaciones no fueran estrictamente capitalistas.<sup>6</sup>

La estrategia del *farmer* no se reduce a la reproducción de la fuerza de trabajo familiar y desdeña, por consiguiente, una orientación campesina. En muchos aspectos el *farmer* participa de las condiciones del pequeño productor mercantil simple así como éste comparte rasgos del campesinado. Sin embargo, esos posibles parentescos no deben inducir a la confusión entre categorías históricas y categorías analíticas: el **campesino** no constituye un concepto teórico sino empírico. En el caso argentino su emergencia ha sido apuntada por Guillermo Flichman: los arrendatarios campesinos no eran homologables a campesinos siervos de la gleba en tanto que los terratenientes no debían confundirse con propietarios de la tierra de origen feudal o semi-feudal.<sup>7</sup>

La tipología desarrollada por Flichman es exhaustiva: terratenientes-capitalistas, capitalistas agrarios, chacareros ricos, chacareros medios y chacareros pobres. El análisis de esa tipología y su propia contribución al estudio de la estructura social agraria pampeana han permitido a Waldo Ansaldi afirmar un conjunto de conclusiones: destaca la ausencia de un problema campesino pero subraya la presencia de una cuestión agraria, utiliza un esquema tricotómico de las clases agrarias (terratenedientes capitalistas, chacareros y obreros rurales) además de aquellos sectores implantados en el área de los servicios y, por último, advierte sobre el estatuto teórico del chacarero. En ese sentido, para este autor "debe admitirse no sólo que el capitalismo puede desarrollarse por vías no capitalistas o, tal vez mejor, por una combinación de formas capitalistas y no capitalistas, sino también por **otras formas capitalistas**. En esta línea de razonamiento, el siguiente paso lógico es postular que el chacarero es un **chacarero**, esto es, un sujeto social histórico con características específicas que lo definen como tal y que, como muestra el análisis comparativo, presenta similitudes y diferencias con otros sujetos históricos del capitalismo rural. Se trata, entonces, de convertir la categoría histórica chacarero en una categoría analítica".<sup>8</sup>

La historia comparada es un ejercicio elocuente en tanto indagación de la diferencia. No supone orígenes y ritmos paralelos aunque subraye rasgos

6. Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890* (Buenos Aires, 1989), p. 183: "Se ha preferido hablar de *farmers* y no de campesinos, para subrayar que su objetivo no era solamente la supervivencia de la explotación y la subsistencia de sus familias, sino también sobre todo, la reproducción y expansión de su empresa." (Subrayado en el original).

7. Guillermo Flichman, *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino* (Buenos Aires, 1986).

8. Waldo Ansaldi, "Notas para un programa de investigación de los conflictos agrarios pampeanos", *Primeras Jornadas de Historia Económica Argentino-Americanas*, Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 1983, p. 5 (Subrayado en el original).

comunes: construye su objeto conservando la divergencia pues las experiencias sociales son irreductibles a la equivalencia. En ese caso, sobresale, en otro orden de problemas, la estrategia económica de los gobiernos canadienses que lograron balancear el desarrollo agrario de las praderas con la industrialización del Este.

Por contraste – como señala Solberg– en la Argentina no existió un plan coherente de desarrollo frente a los dictados del mercado. “En materia de política económica el Estado argentino fue mucho más débil que el canadiense” (p. 12).

El argumento sobre la responsabilidad del Estado ya fue señalado por el Ing. Alejandro Bunge durante la década de 1910 cuando denunciaba la debilidad de la iniciativa privada para impulsar una política económica que estuviera en condiciones de proteger a la producción interna. En ausencia de un sector empresarial capacitado para esta tarea, el Estado debía reemplazarlo mediante su intervención directa en los mercados. Para ello abundaba en los ejemplos internacionales donde diversos “gobiernos del mundo están interviniendo imperativamente y sin vacilación en este orden de cosas”.<sup>9</sup>

El período de los gobiernos radicales, al que Solberg asimila con la etapa oligárquica de 1880-1916, tampoco habría producido cambios substanciales: Yrigoyen y Alvear reiteraron el desinterés por la “innovación” que ya les había precedido. Nuevamente el Estado es ubicado en el primer plano de la explicación y es sugestivo comprender que éste no constituye un análisis aislado. La etapa de 1914 a 1933 ha sido evaluada en forma disímil y hasta antagónica. En la historiografía argentina se descubre un lejano parentesco con la obra de Solberg cuando se releen las páginas de *Las etapas del desarrollo económico argentino* de Guido Di Tella y Manuel Zymelman.

Entre la primera guerra mundial y la crisis económica de 1930 se ubicarían, para estos autores, los orígenes de los futuros desajustes estructurales de la Argentina. Hacia 1914, la instalación del capital social básico se habría completado pero durante la década de 1920, al ritmo de la recuperación de los términos del intercambio, “se creó una ilusión de normalidad y produjo una complacencia en los sectores sociales y económicos dirigentes” que sería crucial para el futuro de la Argentina. Di Tella y Zymelman han bautizado a ese período como una etapa de **demora** donde no se logra detonar un crecimiento autogenerado: su origen se explica como un producto casi exclusivo de las políticas públicas. “Este es otro ejemplo de una pequeña clase dirigente que lleva al país hacia una aparente prosperidad a pesar de su desafortunada situación social interna”.<sup>10</sup>

Ahora bien, ¿cuáles son para Solberg esas orientaciones del Estado a partir

9. Alejandro Bunge, *Una Nueva Argentina* (Buenos Aires, 1984), p. 244.

10. Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino* (Buenos Aires, 1973), p. 91.

de 1880 que explican el futuro estancamiento? Las causas son diversas: la aceptación de la teoría clásica de la libertad del mercado, una protección aduanera que favoreció a pocas inversiones industriales, la inmigración irrestricta, el abandono del *laissez-faire* mediante la garantía a las ganancias de las inversiones ferroviarias, la inexistencia de un programa de distribución de la tierra favorable a los inmigrantes o hacia un sistemático desarrollo de la red de ferrocarriles y, finalmente, el poco interés en la tecnología agrícola.

En el caso argentino, el progreso técnico fue más una responsabilidad de los empresarios privados que del Estado. Sin embargo, el análisis aún no ha resuelto el problema en relación con la posición relativa de la Argentina frente a otros países productores de granos. La tesis de la modernización tecnológica en extensión e intensidad es, quizás, la más difundida.

Sin embargo, Romain Gaignard ha insistido en la obsolescencia del equipo de bienes de capital agrícola en las primeras décadas de este siglo. La generalización del progreso técnico no sólo se enfrentaba con los problemas del financiamiento sino con las barreras culturales que permitieran incorporarlos, para lo cual era imprescindible modificar las propias técnicas de cultivo. En la Argentina el proceso de mecanización "no lleva aparejada la motorización. Los tractores de vapor de fines del siglo XIX son una curiosidad y sólo se utilizan en algunas propiedades británicas o francesas. Los tractores a motor que conocemos sólo aparecen en la Argentina de 1907, pero hasta fines de la década del cuarenta el caballo, infinitamente más económico, domina ampliamente".<sup>11</sup> Es por ello, que en la tesis del "atraso" relativo de la Argentina, el progreso tecnológico sólo comienza a registrarse a partir de la década de 1920.

El análisis de Gaignard no es el de un portavoz solitario. Roger Gravil tiende a enfatizar esta imagen tanto en relación con el parque de maquinarias, la reducida capacidad de los elevadores instalados y la tendencia de las grandes casas exportadoras para desalentar el progreso técnico: la estrategia comercial dirigida a la cantidad antes que a la calidad impedía la tipificación de los granos y con ello contribuía a penalizar un sistema de precios transparente para el productor.<sup>12</sup> La "cuestión maquinaria" se encontraría así en el corazón de los problemas rurales de la Argentina: los productores maximizaban la productividad del trabajo mediante una ampliación de la escala de tierra con el mínimo de maquinaria necesaria.<sup>13</sup>

La paradoja es que el progreso económico de los agricultores se cernía como una amenaza para los comerciantes instalados en la pampa. La posibilidad de

- 
11. Romain Gaignard, "La Pampa agroexportadora: instrumentos políticos, financieros, comerciales y técnicos de su valorización". *Desarrollo Económico*, Vol. 24, Nº 95, octubre-diciembre 1984.
  12. Roger Gravil, "La intervención estatal en el comercio de exportación argentino entre las dos guerras". *Desarrollo Económico*, Vol. 10, Nº 39-40, octubre 1970-marzo 1971.
  13. Jeremy Adelman, *Frontier development: land, labour and capital on the wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914*, Thesis, University of Oxford, 1989, pp. 447 y ss.

establecer una ruptura con los lazos de dependencia económica (y personal) sólo era posible en tanto existiera un proceso de acumulación de capital. Los bajos rendimientos y una productividad del trabajo en las pequeñas chacras inferior a las explotaciones capitalistas conducían hacia el mismo resultado final: un horizonte social constreñido a las necesidades de la subsistencia. Según Miatello, "esta situación desastrosa para el colono, mientras constituye una barrera infranqueable para su redención económica, es aceptada casi con conformidad por los comerciantes; algunos de éstos, entre los mayores del gremio, franca e ingenuamente nos declaraban que 'no convenían buenas cosechas todos los años porque se hace independiente el colono, el que con malas cosechas es manso y sumiso' ".<sup>14</sup>

En el análisis comparativo se advierte, en relación con los rendimientos del trigo en las praderas y las pampas, que Solberg reitera el frecuente error de los promedios generales. La alarma frente a esta metodología ya había sido difundida por los observadores de la década de 1890. Las comparaciones entre Canadá y Argentina indican una agricultura que en volumen de producción por hectárea permiten advertir diferencias significativas.

Solberg señala que la producción de trigo en bushels por acre era la siguiente (p. 65):

	Argentina	Canadá
1909/10-1918/19	9,4	18,7
1919/20-1928/29	12,5	17,2

Sin embargo, es necesario señalar que el volumen del producto en la Argentina variaba según los tipos de explotación. Si bien los chacareros pobres no lograban situarse en torno al promedio, las explotaciones capitalistas obtenían rendimientos que podían compararse con los más elevados de Europa Occidental. William Goodwin observaba en 1895 que la producción por hectárea oscilaba entre un piso de 700 kilos y un techo de 1.000 kilos para las chacras donde se realizaba un cuidadoso sistema de roturación, siembra, cultivo y cosecha. Rendimientos mucho mayores no eran sorprendentes en la época y el mismo autor subraya volúmenes de 45 bushels por hectárea. Estas cifras son confirmadas por testimonios posteriores de la década del 1900.<sup>15</sup>

Otro de los problemas que analiza Solberg es el que se refiere a la relación entre los grandes propietarios de la tierra y el poder político. Para el autor, en la Argentina esos propietarios conformaban una élite dominante. En ese

14. H. Miatello, *Investigación agrícola en la Provincia de Santa Fe* (Buenos Aires, 1904), pp. 143-144.

15. William Goodwin, *Wheat Growing in the Argentine Republic* (Liverpool, 1895), p. 31.

sentido, establece una correspondencia demasiado directa entre una noción derivada de la estructura política y cultural y las determinaciones económicas que constituyen una clase social. Esta lectura se repite con otra similar: la "oligarquía vacuna" (p. 20), sector que estuvo más interesado en la ganadería que en la agricultura, manteniendo subordinada a la segunda. La ausencia de una comprensiva política del Estado redujo la prosperidad a los empresarios altamente concentrados mientras el sistema educativo no superaba sus rasgos primitivos, las rutas eran "abominables" y el mercado agrícola estaba en manos de los "codiciosos comerciantes de granos".

Esta tendencia se mantuvo con los gobiernos radicales, que continuaron la misma política económica del período de la dominación conservadora. Aunque Alvear inició una tímida reforma agraria tampoco realizó una acción consistente para favorecer el desarrollo rural. Con pocas excepciones, como el proyecto de nacionalización del petróleo, la orientación radical fue ortodoxa. Así, entre 1880 y 1930 no se efectuó ninguna reforma significativa ni se brindaron concesiones que ayudaran a la producción del trigo. Ello fue consecuencia de la concepción misma de los ganaderos que constituían la élite política: entendían a la agricultura desempeñando un papel secundario frente a la ganadería. Por otro lado, incurrieron en la peligrosa suposición que la fertilidad de la tierra pampeana era suficiente garantía para una mayor participación de la Argentina en el mercado mundial del trigo (p. 28).

Los contrastes económicos entre Canadá y Argentina son diversos y acusados y tienen que ver tanto con políticas agrarias divergentes como con las orientaciones frente al comercio internacional. La producción agrícola y las exportaciones de las pampas eran mucho más diversificadas que aquéllas de las praderas. Estas últimas constituían una economía monocultural de exportación especializada en la producción triguera, y aunque la ganadería jugaba allí un papel importante, no era comparable con el que tenía en la Argentina. Aquí, el negocio ganadero era el que brindaba el mayor poder económico y político al sector de los grandes propietarios.

En un extenso desarrollo Solberg concluye que la ganadería era central en la vida económica de la Argentina y que, al mismo tiempo, representaba el eje de la "soberbia republicana" y el "aristocratismo" de la clase terrateniente (p. 42). De ello desprende varias consecuencias. Por un lado, las pampas exhibían una rica diversidad en la ganadería y en la producción agrícola y, por otro, la diferente composición de las exportaciones reflejaba, en el caso argentino, que el desarrollo industrial no acompañaba al "cuerno de la abundancia" de la agricultura. Así, mientras en Canadá se observa hacia 1937 el desarrollo de la industria pesada (metales, vehículos y química) en la Argentina son predominantes las industrias alimenticias y de bebidas. Ellas procesan los productos agrícola-ganaderos y permiten el desarrollo de otros sectores vinculados a la producción de insumos, por ejemplo la fabricación de envases para la carne de exportación.



Respecto de la inversión de capital externo, las diferencias entre ambos países son acusadas hasta la Gran Depresión. En dólares corrientes, la Argentina registra en 1913 un monto de inversiones extranjeras de 3.146 millones, mientras que Canadá cuenta con 3.700 y, hacia 1925, crecen hasta los 5.700 millones. Por el contrario, en la Argentina de 1927 ya muestran signos de estancamiento, con 3.485 millones. Las comparaciones del sector industrial son elocuentes: ofrecen el ejemplo de una relación inversa entre el número de firmas, la cantidad de trabajadores y el valor del producto. En 1937, Argentina posee 49.300 firmas, ocupa 642.000 operarios y el valor de la producción alcanza a 530 millones de dólares; en cambio, en Canadá, se han instalado 24.800 empresas con 660.000 trabajadores y el valor de la producción se ubica en los 1.850 millones de dólares: es decir, que supera al de Argentina en una relación de 2,1/2 a 1.

Para ese mismo año, el sector industrial de la Argentina continúa la tendencia hacia la especialización en alimentos (21,7% del total del volumen de la producción) y textiles (12,3%). Canadá dirige el 16,2% y el 9,7% a una y otra rama industrial. En este país sobresalen los productos metálicos (16%) contra el 6,6% de Argentina, los vehículos y maquinaria (9,5%) versus 8,5%, y los productos químicos (4,6%) frente al 2,8% de la Argentina.

Los contrastes son históricos. Canadá posee materias primas industriales tales como hierro, zinc, plomo y madera. Por otro lado, Ontario y Quebec tuvieron acceso a importantes recursos hidroeléctricos mientras Argentina recién logró ampliar la escala de aquéllos hacia 1960. Sin embargo, la Argentina estaba provista desde la década de 1920 de un recurso como el petróleo del cual los canadienses eran un pequeño productor (p. 45).

Los orígenes de la industrialización de Canadá no se resuelven en esas reflexiones y, respecto de la Argentina, es posible identificar otros paradigmas. Su economía estuvo cerrada a los Estados Unidos y, de ese modo, los inversores norteamericanos debieron instalarse en Canadá para acceder a su mercado. En 1926, las inversiones extranjeras —principalmente de Estados Unidos— controlaban el 35% del sector industrial mientras que en 1939 el 38%. En la Argentina hacia 1935 los capitales externos instalados en la industria comprendían el 50% del total pero el sector era mucho más pequeño que el canadiense.

En el razonamiento de Solberg, ni los recursos naturales ni las inversiones norteamericanas en Canadá pueden explicar su liderazgo sobre la Argentina, sino que es necesario analizar también la política tarifaria. La Argentina podía producir algodón y elaboraba una lana muy fina pero su industria textil era reducida antes de la Depresión. Por su lado, Canadá no producía algodón pero poseía una mejor industria textil. La razón fundamental era que, en el largo plazo, había mantenido una consistente política de protección industrial, mientras que la Argentina se había opuesto a las tarifas proteccionistas con excepción de casos especiales como el azúcar y el vino (p. 46).

En sus conclusiones, Solberg subraya que existieron entre las praderas y las

pampas grandes diferencias históricas. Mientras Canadá poseía una política nacional para la distribución de la tierra a los inmigrantes, en la Argentina no se registraba similar preocupación. Las praderas fueron una sociedad de pequeños productores propietarios formada por inmigrantes que se nacionalizaron. Muchos de ellos organizaron un vigoroso y amplio movimiento cooperativo y, a través de asociaciones voluntarias, lograron proteger y ampliar sus intereses. Por contraste, las pampas dieron lugar a una sociedad de terratenientes que alquilaban su tierra mediante contratos de corto plazo. El movimiento cooperativo fue una amplia pero débil aspiración. Los chacareros (farmers) conformaron un grupo marginal en la sociedad argentina. En ausencia de facilidades para el almacenamiento y la tipificación de los granos, la Argentina no logró demasiada reputación por su trigo en el mercado mundial. Entre 1880-1930 no ensayó ninguna legislación significativa destinada al desarrollo agrícola o la reforma de la estructura institucional rural. Y, como en las páginas iniciales, el autor subraya que la investigación y la educación agrícola tuvieron escaso desenvolvimiento.<sup>16</sup>

Las diferencias entre Canadá y la Argentina pueden aclararse aún más mediante la comparación entre Mackenzie King e Yrigoyen quienes fueron dos líderes dominantes en sus respectivos países. Ambos estaban identificados con la causa de sus partidos merced a una moral rigurosa y nacionalista. Ambos eran consumados políticos y devotos de los asuntos de sus partidos. Pero mientras Mackenzie desarrolló como prioridad una política de reforma agraria, Yrigoyen no hizo otro tanto y su poder político fue posible gracias al control de la amplia y populosa provincia de Buenos Aires. Tuvo un programa populista con un vago dejo de nacionalismo aunque no diseñó una política nacional para el desarrollo rural.

El libro de Solberg, en el que se articulan las políticas del Estado, la estructura social y los determinantes económicos de la agricultura del trigo concluye con una especie de epitafio sobre una lápida que señala con crudeza al lector las condiciones que trabaron la expansión argentina en el siglo XX: "*Pampa agriculture was in crisis because it had become unprofitable*".

---

16. Cf. "Una reacción positiva a la necesidad sentida de investigación científica en gran escala en la agricultura con buenos servicios de extensión para difundir sus resultados, no se produjo hasta mediados del 50". John P. Fogarty, "Difusión de tecnología en áreas de asentamiento reciente: el caso de Australia y de la Argentina", *Desarrollo Económico*, Vol.17, Nº 65, abril-junio 1977, p. 142.